

El origen de nuestra esperanza

El pasado 23 de junio asistimos a la firma del Acuerdo para el Cese al Fuego Bilateral y Definitivo entre el Gobierno de Colombia y la guerrilla de las FARC. Después de 52 años de conflicto armado parece inminente el acuerdo final resultado de las negociaciones de la Habana. Es necesario reconocer el avance de unos diálogos de paz que intentan afrontar la complejidad del conflicto; sin embargo hay muchos colombianos que miran con preocupación el futuro del país. En este momento histórico es crucial una reflexión sobre cuál es el origen de nuestra esperanza. Lo hacemos a la luz de algunos textos de papa Francisco.

La realidad es más importante que la idea

Después de la segunda guerra mundial y de la lógica de los nacionalismos extremos, en el mundo se impuso el criterio de las ideologías que se proponían como lecturas rígidas y parciales de la realidad social. El conflicto con las FARC nace de una confrontación ideológica en parte heredada de la guerra fría y que se ha revelado incapaz de responder a las necesidades del país. **Por muchos años fue imposible el diálogo y el encuentro entre grupos de personas que ponían sus esperanzas en proyectos contrapuestos y que sólo trataban de anular o eliminar al adversario. Hoy podemos decir que la respuesta a las necesidades humanas no viene de una ideología “mejor que las demás” y que esta pretensión es más bien un factor de conflicto y de división de la sociedad.**

Ante la inminente firma de la paz y ante la incertidumbre que genera el panorama del posconflicto, nuestro riesgo es el de creer en la paz como algo bello e inspirador pero irremediamente vago; si esta convicción no tiene una raíz profunda, tratar de persistir en ella puede generar el mismo mal que ha producido la guerra: una ideología que se quiere imponer al otro. Uno de los padres de la Comunidad Europea, el alemán Konrad Adenauer, decía en 1952 que «El futuro de Occidente no está amenazado tanto por la tensión política, como por el peligro de la masificación, de la uniformidad de pensamiento y del sentimiento». Deseamos que la paz sea expresión de la unidad del pueblo colombiano y no se torne en pensamiento único que se impone; por esta razón es importante mirar las realidades sociales que han sido constructoras de paz

incluso antes de los diálogos de La Habana: instituciones educativas que han buscado la inclusión social como la obra del padre Javier de Nicolò o el Campus Pampuri; obras como la Fundación para la Reconciliación que desde el 2003 trabaja con los desmovilizados; intentos como los de muchos empresarios que han dado trabajo a exguerrilleros para su reinserción.

La unidad prevalece sobre el conflicto

¿Cómo es posible perdonar a un criminal si no soy capaz de perdonar a los más cercanos? ¿Cómo podré convivir con las FARC como realidad política que quizás tenga privilegios? Estas preguntas, que hemos escuchado en los medios, ponen en evidencia que no será fácil superar el conflicto y construir el bien común.

La historia de Colombia está marcada por las divisiones y muchas veces se nos presenta de una manera en la que es fácil alimentar el odio y el resentimiento. Ante la dificultad de encontrar un factor de unidad de nuestro pueblo, muchos evocan sentimientos generados por la magnificencia de la naturaleza, la letra de alguna canción o las victorias de nuestra selección. Estos sentimientos son importantes pero quizás insuficientes. Para que la unidad de nuestro pueblo prevalezca sobre el conflicto, es necesario buscar el origen de nuestra unidad en el patrimonio de personas y obras que han querido defender la dignidad de cada ser humano por encima de la búsqueda del poder: como nuestra Santa Madre Laura que recorría kilómetros en mula para ir al encuentro de las comunidades indígenas abandonadas; como las muchas víctimas de la violencia que desean perdonar a sus agresores; como Rodrigo Lara Bonilla, Guillermo Cano, Luis Carlos Galán y tantos otros que dieron su vida por la lucha contra las mafias. Guillermo Cano en su último editorial de diciembre de 1986, antes de ser asesinado, escribía: «Así como hay fenómenos que compulsan el desaliento y la desesperanza, no vacilo un instante en señalar que el talante colombiano será capaz de avanzar hacia una sociedad más igualitaria, más justa, más honesta y más próspera».

Para vivir la unidad es necesario que encuentre espacio en nosotros la experiencia elemental de que el otro, incluso un desmovilizado, es un bien para la realización de nuestra persona y no un obstáculo. Estamos unidos

al otro no por su improbable coherencia moral sino en cuanto somos conscientes de que comparte nuestra misma necesidad: necesidad de compañía, de construir juntos, de preocuparnos por el bien de los demás, de amar y ser amados, de abrazo en nuestro error, de significado en el dolor.

El tiempo es superior al espacio

En el Foro sobre Reconciliación de hace unas semanas Ingrid Betancourt decía que «No hay nada más fuerte que el perdón para detener la deshumanización. (...) Confiar que el otro es capaz de cumplir con su palabra, capaz de decidir correctamente, de querer “lo bueno” (...) Confiando le damos la oportunidad al otro de tornarse en un ser confiable. (...) Le permitimos al otro volverse socio y dejar de ser enemigo.» Sin embargo somos conscientes de que no podemos pretender ni imponer el cambio del otro, como tampoco podemos imponer la lógica del perdón. El principio de que El tiempo es superior al espacio «permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. (...) Uno de los pecados que a veces se advierten en la actividad sociopolítica consiste en privilegiar los espacios de poder en lugar de los tiempos de los procesos. (...) Darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios. (...) Se trata de privilegiar las acciones que generan dinamismos nuevos en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que las desarrollarán, hasta que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos.» (Papa Francisco).

Necesitamos aprender la cultura del diálogo para construir una paz en la verdad y en la justicia, una paz duradera fundada en el bien común. «El encuentro se obtiene a través del diálogo. El verdadero equilibrio de la paz se realiza a través del diálogo. Diálogo no significa que se termine con un compromiso, media torta para ti y la otra media para mí. No, diálogo significa: bien, hemos llegado a este punto, puedo estar de acuerdo o no, pero caminemos juntos; esto significa construir. Y la torta permanece entera, caminando juntos. La torta pertenece a todos, es humanidad, cultura. (...) Cuando hablo de esta gran torta, hablo en sentido positivo. Todos pueden influir en el bien común de todos.» «El mejor modo para

dialogar no es el de hablar y discutir, sino hacer algo juntos, construir juntos». (Papa Francisco)

El origen de nuestra esperanza

Las palabras de Ingrid Betancourt recuerdan las de Dostoievski en “Los hermanos Karamázov”: «¿No desean ustedes castigarle terrible, amenazadoramente, con el más horroroso de los castigos que puedan imaginarse, pero al mismo tiempo salvándole el alma y regenerándole para siempre? Abrumen esa alma con misericordia, denle pruebas de amor y ella maldecirá su actitud recedente. Le estremecerá, le abrumará el remordimiento y la deuda inmensa que ha de saldar: ¿soy yo digno de tanto amor, lo he merecido realmente?». **Nuestra esperanza está puesta en la mirada de un hombre que hace dos mil años se dirigió de esta manera a una prostituta y desafió a los jueces que deseaban lapidarla: es la mirada de la misericordia introducida en la historia por Cristo.**

Por eso papa Francisco nos recuerda que «La única fuerza capaz de conquistar el corazón de los hombres es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y desencadena no es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia».

Nuestra contribución como católicos en la sociedad colombiana es la de testimoniar esta mirada de misericordia que hemos recibido en la iglesia.

Unimos nuestro deseo al deseo del joven Camilo Torres en el día de su ordenación sacerdotal: «Tu elección no es del que quiere, ni del que corre, sino de Ti, Señor, que te apiadas de nosotros. Esto es necesario que resplandezca. Para comenzar, es necesario que resplandezca en mi más íntima convicción. Lo que opinen los demás, lo ordenarás Tú, de acuerdo con tu infinita sabiduría. Pero en mí mantén, por favor, esa disposición: “non mihi, Domine, non mihi, sed nomini tuo, da gloriam”.»

Sólo en un horizonte más grande de nosotros podemos construir verdaderamente el bien común para todos.

Julio de 2016

Comunión y Liberación Colombia

www.clonline.org / clcolombia1@gmail.com